

muchas familias significa un término medio de cinco familias, resultaría que un establecimiento de diez chozas representará aproximadamente doscientas cincuenta almas. Sin embargo, sería erróneo considerar una tribu como restringida á un solo establecimiento de este género; lo más frecuente es que á una tribu comprendan muchos de estos establecimientos.

En Piersa encontramos una indicación diferente á propósito de la fuerza numérica de una tribu, con motivo de la descripción de Argel y de Túnez. Después de haber representado á la tribu árabe como familia derivada de un origen común, y después de haber descrito las relaciones entre estas mismas tribus absolutamente como han sido descritas por los escritores citados más arriba, Piersa estima que el efectivo de una tribu varía entre 500 y 40.000 almas. Añade que el número de miembros es siempre inferior á aquel que podría nutrir el territorio sobre el cual vive la tribu (1).

A menudo hemos mencionado que no miramos como formación primaria la tribu, tal como se nos aparece según los testimonios históricos, sino que la conside-

(1) La reunión de familias que se creen generalmente salidas de un tronco común, es lo que forma la tribu árabe. Lo que distingue esta sociedad es el espíritu de solidaridad y de *unión contra los vecinos* que desde la cuna ha pasado á sus últimos descendientes, y que la tradición y el orgullo, así como el recuerdo de peligros experimentados en común, tienden á fortificar. La suerte de las tribus ha sido muy varia; algunas se han extinguido por completo, otras se han reducido mucho; otras han quedado potentes y numerosas; se puede decir que el número de individuos que forma una tribu varía de quinientos á cuarenta mil; lo que es en todo caso inferior á la cifra de población que las tierras ocupadas por la tribu podrían nutrir. *Itinerario histórico y descriptivo de Argelia, de Túnez y de Tánjer*, por L. Piesse.

ramos ya como una formación social etnográficamente compleja. Lo que nos hace considerarla así es la organización social de la tribu; entre la mayor parte de las tribus de hoy y de otro tiempo, encontramos una división de trabajo entre los dueños y los criados. Estos se componen de prisioneros de guerra, de esclavos comprados ó robados.

Esta distinción de origen, de descendencia, se mantiene rigurosamente aun entre las mismas tribus primitivas.

El singenismo mantiene en la tribu misma la distinción entre, de una parte, las personas que pertenecen á la tribu por todos los lazos de sangre y que componen la nobleza, de otra parte los extranjeros reducidos á la domesticidad. Así es como el autor francés de quien hablábamos, nos explica el papel considerable de la *nobleza* en la tribu bárbara de Argelia. «Todas las familias nobles de una tribu se miran como unidas más particularmente por los lazos de la sangre, por más que en otro tiempo hubiesen pertenecido á troncos distintos.»

Considerada desde este punto de vista la dominación de una clase sobre la otra, la tribu representa ya un comienzo de organización del Estado, y no se distingue todavía más que por la menor complicación de las deferencias sociales, así como por la ausencia de sedentariedad y de estabilidad del conjunto. Puede considerarse la tribu como el *embrión del Estado*, en el cual embrión se perciben los contornos de la futura organización.

Sólo entre algunas tribus todavía primitivas del Africa, de América y del extremo Norte de Asia, es donde encontramos esta falta de diferencias sociales, esta homogeneidad étnica y esta igualdad entre los

miembros de la tribu que nos recuerdan la banda humana primitiva.

Entre las poblaciones que forman incomparablemente la gran mayoría, aquellas á las que se puede mostrar, viviendo en tribus, ó aquellas que actualmente viven así, hay otro género de complicación social: ésta reconoce otra causa que la mencionada más arriba: división entre amos y sirvientes, entre individuos de alta y baja clase. Es la complicación que se produce á consecuencia de alianzas y de uniones que las tribus del mismo poder forman entre sí. Estas alianzas y estas uniones suponen igualdad de derechos y son formas que se presentan perpetuamente en el proceso natural social. Esta forma, en ciertas circunstancias naturales, se repite por todas partes en todas las regiones del globo. Parece, además, que la fase de estas alianzas y reuniones constituye una necesaria transición, conduciendo á un grado de civilización superior y especialmente á una situación política más estable.

De suerte que podemos deducir, según lo que ha pasado en la historia y según lo acontecido en nuestros días, que cuando dos comunidades étnicas sociales se reconocen como de linaje igual, es decir, como igualmente poderosas, se verifica siempre una alianza.

Cuando se ha tratado inútilmente de dominarse ó sojuzgarse recíprocamente, cada uno de los antagonistas reconoce que es preferible entenderse con el adversario de la misma fuerza para arrojarse en común sobre otras tribus impotentes para resistir la coalición. Esta condición, que se impone inevitablemente, crea siempre y por todas partes nuevas alianzas; ella es ciertamente la que en todo tiempo y en todas las zonas ha creado alianzas entre tribus primi-

tivas buscando el equilibrio. Es, de otra parte, evidente que el éxito de una primera alianza entre dos tribus debe haber conducido, en la sucesión de los tiempos, alianzas más extensas, triples y cuádruples; en una palabra, alianzas y reuniones entre tribus del mismo poder, alianzas y reuniones que tienen la conquista por objeto; forman, con la sujeción de las tribus más débiles por las más fuertes, una nueva serie de fenómenos, cuyos resultados concurren á formaciones sociales cada vez más complicadas y á desarrollos históricos cada vez más entrelazados.

Este entrecruzamiento de las tribus, llevado á su más alta expresión por alianzas y uniones, he aquí lo que da al proceso natural social los impulsos más poderosos y más persistentes. Basta, para convencerse, echar una ojeada sobre la historia. Los pueblos civilizados más importantes de la antigüedad se nos aparecen, en sus mas remotos comienzos, en una pluralidad de tribus ligadas por la conquista y la dominación; tales son los arios de la India, los medos y persas, los fenicios, los judíos, los griegos, los romanos y los árabes (1).

La emigración de los pueblos en la Edad Media, en Europa, nos presenta también por todas partes tribus ligadas por empresas guerreras: tales los cimbrios y teutones, scitas y sármatas, vándalos, alanos, medos, hérulos, ruguinos, turcilingos, los francos y los alemanes, los marcomanos y los quados, los godos y los lépidos, los getas y los dacios, etc., etc.

(1) Las doce tribus de los judíos representan una asociación de este género, formada entre tribus heterogéneas por la conquista y la dominación.

Todos los ídolos de las tribus árabes dominantes, estaban representados en la Kaaba, santuario central de los árabes.

XXXIII

Estados, castas y profesiones

Puesto que en todas partes y siempre, desde los tiempos más remotos, vemos las poblaciones de los Estados componerse de elementos étnicos heterogéneos, advertimos (esta circunstancia falta para probarlo) un fenómeno, no accidental ó «artificial», sino resultante necesariamente de la esencia del proceso natural histórico. No se trata más que de comprender la necesidad de este fenómeno y de descubrir la relación de causa ó efecto que existe entre el proceso histórico y él.

Llegamos á reconocer esta relación por el examen de los hechos siguientes:

La manera cómo se encuentran más ó menos relacionados los elementos étnicos heterogéneos que existen en conjunto en el Estado, no está desprovista de reglas ó de leyes. Existe siempre y en todas partes, entre los diversos elementos étnicos de un Estado considerado por *colectividades* ó por *grupos*, una cierta relación que es la dominación de los unos sobre los otros (1). Esta relación es al mismo tiempo una relación de *repartición del trabajo económico* entre los diversos elementos.

Tatando de profundizar las causas de este último fenómeno, veremos aparecer claramente la conexión

(1) Para lo que conviene á la esencia del Estado, véanse también nuestras dos obras: *Ruhstaat und Socialismus*, Inspruck, 1880, y *Verwoltungslehre*, Inspruck, 1882.

que hemos anunciado entre la constitución étnica de los Estados y el proceso natural de la historia.

Hagamos, en primer lugar, la abstracción de los Estados llamados internacionales, porque sabemos que en estos Estados una civilización más ó menos común á todos sus elementos heterogéneos, destruye la antigua heterogeneidad ó parcialmente la ha borrado.

Fijémonos en los Estados de población «nacional mixta». En todos estos Estados advertimos lo siguiente: los elementos étnicos heterogéneos se encuentran entre sí en una relación de subordinación ó de predominio, ó en lucha por la dominación, por el poder, ó, en fin, en un equilibrio más ó menos momentáneo obtenido por algún compromiso de derechos políticos. Síguese de aquí que no hay en la tierra dos Estados que presenten en su interior casos idénticos. Cada Estado, por el contrario, presenta un sello individual particular, y no pueden existir dos Estados perfectamente semejantes, como no existen en el dominio de la naturaleza *dos* individuos completamente semejantes (1).

En todo Estado, la naturaleza de los elementos étnicos, las diversas condiciones en que se encuentran y la diferente marcha de desarrollo que ha tomado la organización del poder, deciden de la *naturaleza* y de la *forma*, ó, para servirnos de una expresión inteligible, de la constitución de la individualidad política (2).

(1) *Philosophisches Staatsrecht.*

(2) Por este motivo nos parece que los profesores de Derecho político se entregan á una vana discusión de escuela, cuando se ingenian, como vienen haciéndolo desde hace algún tiempo, para averiguar si Austria es un Estado federal, una federación de Estados, un Estado de Estados, un reino de Estados, un Estado de unidad, un Estado de dualidad ó alguna otra entidad que se pueda designar por términos tan vacíos como los indicados. Nos-

Pero, de todos modos cuando consideramos el proceso del desarrollo histórico de un Estado cualquiera, estamos obligados á reconocer que la constitución actual de este Estado no es más que un factor natural que no se detiene jamás; es un punto de bifurcación al que ha llegado el Estado en cuestión por una larga series de resoluciones en el poder. Muchos países independientes, Estados ó territorios, ó solamente partes de Estados, nos presentan en su superposición étnica, perfectamente visible aún, la persistencia del proceso de desarrollo en el cual los antiguos dominadores se han convertido en los dominados.

Los anglosajones que habían conquistado [la Inglaterra y sojuzgaron los habitantes encontrados por ellos en este país, han sido á su vez vencidos y sometidos por los normandos: los dominadores anglosajones de otro tiempo se vieron forzados á inclinarse bajo la dominación normanda.

Acontecimientos análogos se han verificado en las Indias británicas. En la antigüedad, la organización del poder en las Indias consistía en una superposición de fuentes étnicas heterogéneas; sobre el tronco de los dueños de este país fundaron los ingleses su dominación (1).

En todo país en que la estructura étnica primitiva

otros preguntamos qué se ganaría llegando á un acuerdo general sobre cada una de estas denominaciones. No le impediría al Austria diferir de todo otro Estado federal ó de toda otra federación de Estados, ó de todo otro Estado de Estados que pudiesen encontrarse en el mundo entero. Cualquiera que fuese la denominación que habria de aceptarse, el Austria no sería más que el Austria, es decir, una individualidad particular *como cualquier otro Estado* y no pareciéndose á ninguno.

(1) Para otros ejemplos de estos cambios en las relaciones de dominación, véase en esta misma obra *Renvois historiques*.

del pueblo no está amasada con una nacionalidad común, obra de siglos, encontraremos una superposición social: clases dominantes y clases más ó menos dependientes ó subordinadas. Pero allí también, donde una organización durable de la dominación ha impreso, á una comunidad social, un sello más ó menos unitario, encontramos una *superposición* de clases que se mantiene en un conjunto por profesiones y ocupaciones hereditarias y que un análisis histórico, por poco profundo que sea, nos fuerza á reconocer como anexo, con antiguas oposiciones étnicas, con una antigua heterogeneidad.

Así es que en los Estados de Europa como en las naciones más unificadas, encontramos distintas las tres clases de la nobleza, la burguesía y los campesinos: estos tres círculos sociales, cuyas divisiones no queremos indicar por el momento, y las relaciones más ó menos importantes, están totalmente cerrados los unos para las otras, por lo menos en lo que concierne á la masa de miembros que comprende, y se mantienen en una separación relativa por la herencia de la fortuna, de la profesión y de la posición social.

La igualdad de los derechos civiles está de moda en Europa desde la revolución francesa; muchos párrafos formulan esta igualdad; este es un hecho que está más bien confirmado que contradicho por raras excepciones que causan el asombro del mundo entero: un campesino llegando á grandes honores y altas dignidades, algunos burgueses, abogados y profesores, ocupando un banco ministerial. Por lo demás, estas excepciones serían todavía menos numerosas; y la división de la sociedad europea en tres clases, nobleza, burguesía, campesinos, separados por fosos profundos,

no dejaría de ser un hecho sociológico muy importante.

Subiendo á las condiciones y á los comienzos históricos de esta división social y estudiándola, nos encontramos por todas partes en la composición étnica, una heterogeneidad resultante de la dominación ejercida primitivamente por una tribu extranjera, generalmente sobre indígenas. Es verdad que á falta de testimonios históricos dignos de fe, y á causa también de la desfiguración de los hechos, obra que realiza la historia *tendenciosa*, no se puede demostrar con la misma evidencia la realidad de estas divisiones, pero después de haber reconocido que el proceso natural social, como todo otro proceso natural, se compone de fenómenos producidos por fuerzas y tendencias siempre idénticas, de fenómenos que se cumplen siempre según las mismas leyes: no nos dejaremos inducir á error, acerca de tal ó cual pueblo, por lagunas históricas y por deformaciones tendenciosas impuestas á los hechos. Lo que habremos reconocido en tantos pueblos y en tantos Estados, como expresión y confirmación de una ley universalmente aplicable, nos guardaremos muy bien, á despecho de testimonios tendenciosos, de ir á darlo sin pruebas históricas, como excepción de la regla. Una vez adquirido el conocimiento de la marcha prescrita por leyes naturales en el proceso natural social, nos servirá, por el contrario, para colmar la laguna histórica y para rectificar el testimonio tendencioso.

Por lo que concierne á la división de los pueblos europeos en tres clases profesionales, reposa, en los países de civilización moderna (se echa de ver muy clara y concretamente en el Este de Europa), sobre una heterogeneidad étnica. Estos tres grandes círcu-

los sociales son incontestablemente, en los países del Oriente europeo, los círculos especiales de parentesco por comunidad de origen. En Austria, la clase media, los comerciantes y los artesanos de las ciudades, son en general alemanes. (Los hay todavía, como es fácil de hacer constar, en Hungría, en Polonia, en Rusia y hasta en Bohemia.) Por encima y debajo de esta clase media, se encuentran dos clases sociales: la de los campesinos y la de la nobleza. *En todo tiempo* han sido extrañas la una para la otra y se han considerado como castas diferentes.

En todos los países de la Europa occidental las diferencias étnicas que coinciden con las diferencias profesionales han cesado de ser tan manifiestas. En todos estos países, sin embargo, como en Austria, los grandes propietarios se mantienen separados de los campesinos y pequeños propietarios: se creen superiores y de más noble sangre. En lo que concierne á las ciudades, la historia señala desde su fundación tribus diferentes.

Quizá se nos objete que generalizamos demasiado y transformamos en leyes ciertos fenómenos históricos accidentales; que si en algunos países los límites de las clases sociales coinciden con diferencias étnicas, ó que si en otros países la historia indica por tal ó cual clase social un origen extranjero, una fuente extranjera, no se puede deducir que esta coincidencia tenga en la naturaleza de las cosas su razón de ser que esté prescrita por leyes naturales. Responderemos que esto es así porque un examen profundo nos hace reconocer que estos hechos históricos no son más que una *consecuencia necesaria* de la naturaleza de las cosas, y que, si diferencias étnicas coinciden con clases profesionales sociales, semejante fenómeno, al cabo del des-

arrollo, no ha sido accidental, sino que ha tenido sus raíces en la ciencia misma de la cosa. Esperamos demostrarlo en el capítulo siguiente.

XXXIV

Oposiciones de razas en las clases profesionales

La coincidencia de las clases y castas profesionales con las diferencias étnicas y las diferencias de raza en la población de un Estado, provienen de que, *únicamente en vista de la división económico-política del trabajo, ha sido menester organizar forzosamente la dominación*. Para que la agricultura produjese lo más posible, para que permitiese á los propietarios vivir libremente en los lugares ó en el ejercicio de ocupaciones preferidas, era menester que un gran número de individuos fuese utilizado, ó, como dicen los socialistas, *explotado* por un pequeño número. Lo hemos visto y lo explicaremos con mayor extensión más adelante, y es propio de la naturaleza del hombre que «toda explotación» de otros hombres en todas partes en que se ha verificado, busque siempre sus víctimas *fuera de su círculo singenético*. Es esta una de las numerosas manifestaciones del principio que hemos llamado *singenismo*, y en el cual reconocemos el resorte incesantemente activo de las acciones humanas, tanto de aquellas que se desarrollan en el teatro de la historia, como de las que se desenvuelven en la vida cotidiana. Si para obtener mayores rendimientos en la agricultura fué preciso en otro tiempo emplear hombres como rebaños humanos (no tardó en impor-

nerse esta necesidad, cuando la humanidad estaba todavía en sus primeros grados de desarrollo); si en otro tiempo fué menester, para este objeto, «explotar» á los hombres en grandes masas (esta idea económica que era entonces *nueva*, y que, desde el punto de vista económico, no era absolutamente inexacta, no podía aparecer más que en una minoría bien dotada), era preciso, necesariamente (el principio del singenismo no permite dudarlo), elegir para objeto de una explotación una tribu extranjera, una población extranjera cualquiera. Tal es la causa que separa profundamente *en la naturaleza de la situación*, para la cual encontramos simultáneamente las dos clases profesionales *étnicamente heterogéneas* de los *campesinos* y de los *señores*.

Existe un hecho que se relaciona estrechamente con las consideraciones precedentes: es que la clase media europea, la clase de los comerciantes y artesanos, se reclutó primitivamente en los elementos extranjeros, elementos que, desde el punto de vista étnico, no estaban emparentados ni con la clase de los señores ni con la de los campesinos. Los campesinos estaban adcritos á la gleba, eran la propiedad de los señores. Estos celaban cuidadosamente su material viviente, el cual era una parte de su fortuna. El campesino se veía forzado á permanecer en casa de su señor, ó, más bien, en las tierras de su señor: no se le permitía dejar á éste último ni abandonar los servicios que debía prestarle.

Los señores, gracias al trabajo de los campesinos, se hicieron ricos y poderosos, y por consiguiente, capaces de consumir. No podían menos de querer satisfacer nuevas necesidades, además del pan cotidiana. En un principio no pudieron conseguirlo más

que por la intervención del mercader extranjero que les traía productos de otras zonas. Cuando pudo pensarse en negocios durables, cuando la clase dominante pareció ser una consumidora capaz de pagar, los extranjeros empezaron á fundar colonias estables y establecimientos permanentes, siempre bajo la protección de las clases dominantes cuyas necesidades prevenían.

Tal fué, en Europa, el comienzo del comercio y de los negocios. A estos gérmenes extranjeros de las clases de negociantes y artesanos vinieron á juntarse elementos de población, reclutados en parte en el pueblo de los campos, en parte en las clases dominantes. Pero estos elementos que afluían de todos lados *en las ciudades* tomaron el sello de su nueva profesión; abandonaron su antigua posición social, y abandonaron también sus antiguos hábitos y costumbres. En todas partes se amalgamaron intelectual y moralmente con la clase media en la cual habían entrado. En toda Europa se formó de esta manera, entre la población moral y la nobleza, constituyendo ya dos castas distintas, otra casta no menos determinada: la de los burgueses ciudadanos. Esta separación social es precisamente el terreno favorable al comercio.

El comercio es, en su esencia íntima, y, según hemos visto, en virtud de su origen histórico, una explotación del extranjero; se vuelve contra un elemento étnico ó social, contra una *nueva raza extranjera*. El comercio, en su origen, era exclusivamente extranjero. El gran comercio, actualmente, por lo demás, ¿no tiene una tendencia á convertirse en extranjero? Lo extranjero, ¿no es el último objeto, el coronamiento de todo comercio, puesto que el comercio tiene desde larga fecha una tendencia á explotar á los extranjeros, á

los habitantes del país en que aquél se ha implantado? Este carácter y esta tendencia los ha tenido el comercio en la antigüedad, siempre y en todas partes, como en la actualidad los tiene.

Bastará, para convencerse de ello, recordar el comercio que desde los tiempos más remotos hacen *los pueblos más civilizados con los pueblos en estado natural*; bastará recordar cómo se practica el comercio sin aproximar socialmente á las dos partes, cómo los traficantes vienen á depositar sus mercancías en los ríos ó sobre las fronteras de los pueblos salvajes, después se alejan, y cómo estos salvajes, que temen toda relación con los extranjeros, toman las mercancías que éstos han depositado y colocan en el mismo lugar los objetos que ellos ofrecen en cambio. Cada una de las dos partes considera á la otra como engañada y explotada, pero acalla sus escrúpulos de conciencia pensando que son extranjeros á los que se explota.

Semejante comercio no es primitivamente posible en el círculo de una tribu, de un grupo de individuos de la misma fuente. Es verdad que lo que favorece el establecimiento de relaciones comerciales es la posesión de artículos diferentes que satisfacen las necesidades diferentes de pueblos distintos; pero este *hecho natural* coincide maravillosamente con una segunda circunstancia: es siempre sobre *extranjeros* sobre los que se realiza el beneficio. Cada una de las partes estima que se procura un beneficio desleal, que no es permitido realizar más que sobre los *extranjeros*. Este *rasgo característico del comercio*, ¿no se reproduce en el comercio extranjero de la Europa actual con los pueblos no civilizados, por ejemplo, con los pueblos del Africa ó del Asia oriental? Lo que ahora se practica, ¿no es todavía en el fondo una *explotación*

de la ignorancia de estos pueblos? Sí; y además se da á estos pueblos, en cambio de los productos de sus tierras fecundas, artículos mortíferos; tales son las bebidas alcohólicas, que les hacen perecer. Lo que acalla la conciencia del europeo en este comercio soberanamente desleal, es aparentemente este pensamiento: las gentes con las que se comercia son *salvajes* asiáticos ó africanos. Existe, pues, en la naturaleza del comercio, un carácter de *explotación* de los extranjeros, y este carácter nos explica la diferencia étnica de la clase comerciante, diferencia que se nota siempre y en todas partes.

Pero del mismo modo que en todas partes, las principales clases profesionales de los Estados, la clase de los señores ó de los guerreros, la clase de los campesinos y de los comerciantes, se han constituido primitivamente en medio de los elementos étnicos heterogéneos, del mismo modo las clases profesionales que se han formado posteriormente en esos mismos Estados han sido siempre una tendencia á encerrarse en castas, es decir, á formar castas. Esta tendencia á formar castas y razas se ha manifestado en el más alto grado y con más eficacia en las clases profesionales de los siglos pasados. *Estos ejemplos* de constituciones de castas por clases profesionales, de origen y de formación notoriamente nuevas, son precisamente lo que ha hecho considerar falsamente las tres clases profesionales principales del Estado en que se presentaban bajo forma de círculos étnicamente heterogéneos, como siendo también troncos sociales primitivamente unidos que no se habían separado hasta más tarde.

Así es como se produce la manera de ver ordinaria y completamente prosaica, según la cual se figura

que estas clases profesionales principales se han producido en virtud de la necesidad de división del trabajo que los hombres hubieran satisfecho de una manera conforme al objeto, al elegir espontáneamente ciertas profesiones. Los más profundos pensadores no han pasado de esta explicación verdaderamente cándida. Cuando los hombres se fueron multiplicando (tal es, sobre poco más ó menos, el sentido de esta argumentación) se hizo sentir la necesidad de la división del trabajo: los unos se hicieron cultivadores, los otros comerciantes ó artesanos, y hubo, en fin, otros que se hicieron señores (1). Existe un optimismo envidiable en estas explicaciones que representan la división en clases profesionales como un intento pacífico, como una especie de contrato social. Se desdeña preguntar cómo la mayoría de los hombres, en estos siglos primitivos, se ha resignado por espíritu filantrópico á abrazar espontáneamente las profesiones difíciles, dejando á otros las ocupaciones más agradables y más cómodas. Actualmente, por ejemplo, á tener libertad, ¿quién se decidiría por la condición de esclavos ó por la de artesanos, dejando á los otros los papeles de señores?

¿Tiene actualmente la elección de profesiones una libertad completa? Esta elección en nuestro siglo de «libertad», ¿es un acto de libre decisión? No; hoy día muchos campesinos, sin desear llegar á ser ministro, ó, por lo menos, gran propietario, destinarían de buen

(1) Este pensamiento se encuentra, con innumerables variaciones, en los historiadores, los etnógrafos y los sociólogos. El tranquilo observador Lotze, la renueva en los términos siguientes: El *amontonamiento* de los pueblos, el *tránsito á la vida sedentaria*, desarrollan nuevas necesidades y exigen nuevos trabajos que conducen á otros órdenes sociales.—(Mikroskomos).

grado á su hijo á cualquiera de estas profesiones. ¿Es esto posible? ¿Sería realizable su propósito?

Oímos la respuesta: *actualmente* se desarrollan ciertas condiciones que rodean al individuo, que le imponen limitaciones, barreras de bronce infranqueables sobre casos excepcionales.

Y bien, consolémonos; la época actual, en este respecto, *no es peor* que los tiempos pasados, los más remotos. Quizá sea un poco mejor. Lo que pasa en el dominio civil, las condiciones que se imponen, que asen al individuo desde su nacimiento y que le conducen hasta el sepulcro, no son más que la expresión, la manifestación de una de esas leyes naturales sociales que varían de forma, pero cuya esencia no ha cambiado desde hace siglos. Las condiciones se nos aparecen actualmente en el estado de diferencias de profesiones y de clases, bajo forma de barreras impuestas por estas diferencias de origen, y de ellas provienen las barreras de separación; la forma ha podido cambiar, pero el fondo ha resultado el mismo. Actualmente la limitación que contiene al individuo en su esfera social no es un obstáculo *físico*, no es un obstáculo de *derecho*, lo llamamos necesidad *social*; la cosa es la misma, Jamás lo que se ha llamado división social del trabajo, es decir, la separación de ramas profesionales, se ha cumplido libremente. En todas partes y siempre, lo que ha dirigido esta división social del trabajo y la repartición de las profesiones, ha sido una limitación física y de causas naturales imperiosas. La fuerza ó la astucia las han producido; sin esto no existirían actualmente. No hay un hombre que espontáneamente se decida á ser esclavo de «señor»; ningún pueblo se decidiría á dejarse explotar por un pueblo comerciante extranjero; para explotar

á un pueblo hay que engañarle. Todos los pueblos, si no hubiesen sido engañados, habrían dejado que el desarrollo de la humanidad se hubiese detenido en su grado primitivo. Para emprender sin cesar nuevos derroteros ha sido menester, conforme á una ley *natural*, á una *necesidad* natural, emplear la presión y la astucia. Y es un bello rasgo de la naturaleza humana que esta necesidad de «explotar» no haya sido ejercida jamás sino contra extranjeros; á las tribus extranjeras era á las que se les obligaba á un trabajo de esclavos, era á tribus extranjeras á las que se explotaba por el comercio y por la actividad de los artesanos. Hay; pues, en el fondo de este conjunto del desarrollo humano, leyes naturales que no exigen más que una hipótesis probable: la de la pluralidad de grupos humanos primitivos de sangre diferente. Estas leyes son, por decirlo así, resortes cuyos hilos invisibles han sido implantados en el misterio de la creación.

XXXV

Cómo se obtiene la dominación.—Orden y conservación.

Lo que desde el principio relaciona los elementos étnicos heterogéneos, lo que en la continuidad del desarrollo de la historia relaciona los elementos sociales heterogéneos, lo que los pone en relación á unos con otros, y de esta manera da movimiento al proceso natural social, es, como hemos visto, la eterna tendencia á la explotación y á la dominación existente entre los más fuertes y entre los que son inferiores á los otros. *La lucha de las razas por la dominación*, por el

poder, la lucha bajo todas sus formas, bajo una forma violenta ó latente y apacible, es el *principio propulsor*, propiamente dicho, la *fuerza motriz de la historia*; pero la dominación es al propio tiempo el eje en cuyo alrededor giran todas las fases del proceso histórico, el polo alrededor del cual se mueven, porque las amalgamas sociales, la civilización, la nacionalidad y todos los fenómenos más elevados de la historia, no se revelan más que por sucesión de organizaciones de poder y por medio de estas organizaciones.

Por consiguiente, para considerar todos estos fenómenos entre bastidores en cierto modo, para llegar á conocer la estructura íntima y la génesis, nos hace falta estudiar la esencia de la dominación, las modalidades de su establecimiento, de su orden y organización, en fin, de su conservación.

Toda dominación es siempre el resultado de una guerra, porque toda guerra, cuando no es una simple expedición de pillaje, tiene por objeto el establecimiento de una dominación permanente (1). En la dominación, las fuerzas de la guerra llegan á constituir equilibrio: los vencedores son los amos y los vencidos cesan de resistir á causa de la misma guerra. Pero la lucha, lo *esencial* de la guerra, no ha hecho más que cambiar de forma: al tomar la forma de la dominación en lugar de la de la guerra, se hace latente, y este estado de guerra latente es lo que mantiene entre los dominadores y los dominados una eterna tensión de fuerzas: mantener en equilibrio estas fuerzas, es el *arte supremo de todo gobierno*.

(1) Las excursiones de pillaje establecen también una dominación, pero solamente sobre las personas y las cosas robadas. La guerra, por el contrario, tiene por objeto una dependencia durable del pueblo vencido.

Es, pues, de esencia de toda dominación que no pueda ser ejecutada más que por una minoría. La dominación de una mayoría sobre una minoría es inconcebible, porque sería un contrasentido. Está en la naturaleza de las cosas que una pirámide repose necesariamente sobre una ancha base, á partir de la cual va siempre estrechándose hasta el ápice. Sería imposible colocar esa pirámide sobre la punta dejando la base en el aire. Del mismo modo está en la naturaleza de la dominación no existir más que como ejercicio del poder de una minoría sobre una mayoría.

En esta modalidad se muestra también el parentesco esencial íntimo de la dominación con la guerra; también ella, según su naturaleza, no puede ser emprendida más que bajo la dirección de un solo hombre ó de un número muy pequeño de hombres, y las expediciones guerreras siempre y por todas partes, aun entre las hordas más salvajes, aun entre los animales, obedecen á esa necesidad imperiosa de la naturaleza de la guerra; así, pues, no pudiendo ser la dominación más que el resultado de una guerra, una fase posterior y una conclusión pacífica de esta guerra, la organización de ella se transforma generalmente en organización del poder. Así se explica que la dominación de uno solo, sea cualquiera la forma que tenga, y que la jerarquía de la dominación, se encuentren paralelamente en todas las épocas y en todos los pueblos.

A menudo se han profesado doctrinas según las cuales la dominación, en lugar de no poder ser ejercida más que por la guerra y por la organización, como en guerra de una minoría frente á frente de una mayoría, podría ser en virtud de un acuerdo espontáneo entre los miembros de una comunidad; se ha pre-

tendido encontrar en la historia hechos en apoyo de esta opinión. Se invocaba, principalmente, como una prueba brillante, la fundación de los Estados de la América del Norte. Los hechos alegados son falsos; las doctrinas no son menos falsas. Tenemos para refutarlas, la fundación de la Unión de la América del Norte. Olvidemos que los emigrantes europeos han explotado sistemáticamente las poblaciones americanas para procurarse subsistencias en este nuevo país; olvidemos que estos pueblos, no siendo de naturaleza de dejarse dominar de una manera durable, han sido arrollados y exterminados por los europeos; olvidemos, en fin, que por consecuencia para tener una población de obreros (como base de la pirámide) ha sido forzoso desde 1620 importar negros de Africa. Consideremos solamente las modalidades de la colonización del nuevo continente por los europeos.

Los europeos no hicieron más que transportar su organización indígena de dominación sobre el nuevo continente; llegaron ya, bien distintamente divididos: dominantes y dominados. Solamente así pudieron establecer una dominación durable. Y hasta las formas bajo las cuales fundaron en este continente las nuevas dominaciones, en nada se distinguen en su esencia de aquellas bajo las cuales se había asentado la dominación cuando las conquistas ó tomas de posesión en general: formas, por ejemplo, bajo las cuales los normandos, algunos siglos antes, habían establecido su dominación en Inglaterra. Solamente que en América, los nuevos fundadores de dominación no tuvieron necesidad de comenzar á someter con espada en mano á los que debían ser dominados. Los habían llevado consigo, eran ya individuos dependientes, *en virtud de la manera como habia sido organizada la do-*

minación en el país de origen; los caballeros de la Edad Media eran reemplazados por poderosos negociantes y por los consejos de administración de poderosas sociedades concesionarias, puestas á la cabeza de esta organización por los reyes ingleses.

Escuchemos, por ejemplo, á Federico Ratzel describiendo la manera cómo fué fundada y organizada la dominación de América:

«La concesión para la explotación y colonización de la Virginia fué obtenida por una compañía de Londres, á cuya cabeza estaba el célebre geógrafo Ricardo Hakluyt... Esta concesión, por lo demás, no creó otra cosa más que una sociedad de comercio, de plantación y de pesquería, la cual se posesionó, en nombre del rey, del país. Tenía un director y un consejo de accionistas en Londres, un presidente con consejo en el lugar del establecimiento; tenía, en fin, las manos completamente libres en todo lo que no contravenía á las leyes de la madre patria; estaba autorizada á admitir como á emigrantes á todos los súbditos del rey dispuestos á expatriarse. Debían éstos gozar de todos los derechos de que gozasen los ingleses de la madre patria. Las faltas graves no debían ser juzgadas sobre el terreno sino en Inglaterra. *En cuanto á los derechos políticos, se los habían quitado á los emigrantes: éstos no tenían ninguna influencia en la composición del consejo colonial ó del consejo superior...* Hubo también en Virginia numerosos inmigrantes blancos que no tenían medio de pagar su pasaje, y que, por consiguiente, se vieron obligados á trabajar para un amo en un estado de sujeción temporal muy semejante á la esclavitud (se les llamaba *indented servants*). Así, se reunió en la colonia una numerosa población obrera sobre la cual dominaba

un número relativamente *pequeño* de *grandes* propietarios. Entre estos últimos, los jóvenes renuevos de familias inglesas nobles no eran raros. *El rico plantador había establecido en su vasto dominio, en el cual no veía á su alrededor más que servidores y esclavos tenía que hacer un viaje para encontrar á alguno de sus iguales; era entonces, por la misma fuerza de las cosas, representante en la legislatura, juez de paz, jefe de la milicia de su departamento: venía á ser igual que el señor de la vieja Inglaterra.*»

Vemos, pues, cómo la naturaleza de la dominación queda siempre semejante á sí misma, y cómo la dominación, bajo cualquiera forma que se haya obtenido, adquirido ó fundado, toma esencialmente siempre y en todas partes la forma y la organización, que responden á su esencia íntima.

Por lo demás, con la conquista y la toma de posesión por la violencia, ninguna dominación podría adquirir otra forma que aquella que se ha descrito aquí; y respecto á algunas otras formas constitucionales y republicanas que las comunidades de la América del Norte hayan tomado, sería cándido creer que, bajo estas formas, la esencia de la dominación haya cambiado, por poco que sea, hasta el día de hoy.

Esta ciencia de la dominación es en todas partes idéntica: consiste en que un gran número de personas están subordinadas á un número pequeño. Tal identidad explica por qué el modo de organización es en todas partes el mismo en principio y en los rasgos principales. En todas partes, en efecto, la naturaleza de las cosas exige que se forme entre algunos hombres que están á la cabeza y la masa de los que están debajo, un núcleo de personas que, en interés de los primeros, mantengan á los segundos en los cuadros

de organización, y que, sirviendo de intermediarios, por arriba ó por abajo, vengan á ser el sostén más poderoso de todo edificio. De cualquier modo que esta clase media se desarrolle, según las diferencias de situaciones y circunstancias, en medio de elementos interiores ó de elementos extranjeros (en este último caso cristaliza á menudo en muchas clases y profesiones), siempre ha de llenar la misma tarea saludable para toda la organización. Siempre, por lo demás, la falta de esta formación intermediaria se manifestará por derrumbamientos frecuentes, por cierta fragilidad é inestabilidad de todo el edificio: á menudo producirá la destrucción prematura.

El punto débil de toda organización de poder consiste precisamente en que la oposición necesaria entre los dominantes y los dominados, aun independiente de toda otra oposición concomitante, étnica, económica, intelectual ó moral, enciende en todo tiempo la guerra, á la cual puso término antes la dominación, y en cuestión todo el sistema de aquélla.

Este peligro, inherente á la naturaleza de las cosas, y esta amenaza constante, la conocen instintivamente los dominadores, y este sentimiento instintivo del peligro amenazante conduce siempre y en todas partes á aquellos que dominan, á una manera de obrar refleja en cierto modo, destinada á prevenir este peligro y que es la expresión de toda política gubernamental de la minoría dominante enfrente de la mayoría dominada.

Esta manera de obrar con la totalidad de las medidas que de ella dependen, se produce á la manera de los movimientos reflejos; es evidente que por todas partes y siempre, se presenta como solo y mismo proceso natural de una naturaleza especial. Esto forma

la materia de una parte de la ciencia del Estado: la ciencia administrativa. En este sentido es en el que nos hemos esforzado á exponer en un libro aparte, al que remitimos á nuestros lectores, la esencia y el carácter de esta parte del gran proceso natural social; nos contentaremos aquí, para caracterizar la tendencia de esta «administración», con señalar algunos detalles destinados á poner de relieve los lazos que la unen con el gran proceso natural social.

Repítese á menudo que toda dominación se mantiene por los mismos medios con que se ha fundado: cuanto hay de verdadero en esta proposición, es que ninguna dominación tiene derecho á renegar de su verdadero origen, la fuerza, y que está obligada á quedar siempre fiel y recurriendo á ella cuando llega el caso. De otra parte, la proposición que precede es insuficiente, puesto que el empleo de la fuerza material *sola* no basta para mantener una dominación obtenida; es preciso para esto un conjunto de medidas, un desarrollo de actividad que no existía cuando se fundó la dominación.

Hemos llegado al punto en que la corriente de todo desarrollo de dominación va atravesando el *dominio de civilización* que le es especial, y para el cual él mismo ha llevado los materiales, arrojándose en el mar de la historia.

Toda la actividad que despliegan los elementos dominadores, todas las medidas que toman tienden de una manera refleja á disminuir la oposición étnica primitiva entre ella y los elementos dominados, y á apartar así el perpetuo peligro de una nueva explosión de la guerra. De la *diferencia de lengua* depende que esta oposición sea la más tangible y la más reconocida. Los vencedores hablan otra lengua que los

vencidos. Es preciso que esta diferencia desaparezca para que el fardo de la dominación no sea inútilmente agobiado por el contraste étnico y por sus inevitables é incesantes rozamientos. Es menester que una de las lenguas ceda el puesto á la otra; es preciso que los que ejercen la dominación y los que la sufren conversen en una misma lengua: está en el interés de los primeros que los unos y los otros se relacionen por la comunidad de la lengua.

¿Cuál es la lengua que se impone? ¿Es la de la minoría dominante ó la de la mayoría dominada? Juzgando por muchos ejemplos, parece que es ésta la de la mayoría. Así, para no citar más que algún caso, los varegos conquistadores han adoptado la lengua del pueblo ruso sojuzgado, los lombardos germanos conquistadores han adoptado la lengua del pueblo italiano subyugado, los normandos conquistadores han comenzado por adoptar la lengua de los franceses dominados, y después han tomado la lengua de los anglosajones sojuzgados.

Es muy fácil explicar por qué la minoría toma la lengua de la mayoría.

He aquí una primera razón: á consecuencia de la manera cómo se organiza la dominación, las diversas familias de la clase dominante, estando apartadas las unas de las otras por espacios considerables, se encuentran, en la vida diaria, en contacto perpetuo ó en vecindad con sus subordinados, hablando otra lengua, y, por consiguiente, conversan poco en su lengua hereditaria y mucho en la lengua de sus subordinados. La lengua hereditaria de la minoría dominante cesa poco á poco de emplearse, se olvida al cabo, y la lengua de la mayoría dominada alcanza la victoria.

Hay una segunda causa que contribuye á ello. Los hombres que dominan no conocen más *que un solo* interés: el de mantener su dominación. Este interés para ellos lo absorbe todo. Son gentes prácticas, superiores intelectualmente, y lo prueban por el *hecho*. No conocen el sentimentalismo en política; la abandonan á los que son dominados por ellos. La lengua no es más que el medio de entenderse; han aprendido fácilmente la del pueblo sojuzgado, y poco importan á su superioridad intelectual las formas de expresión bajo las cuales se manifiesta esta superioridad.

De esta suerte los intereses prácticos de la vida cotidiana y el interés de la dominación de una parte, y de otra parte una indiferencia desdeñosa que se sobrepone al sentimentalismo por la lengua hereditaria, les conducen á adoptar la lengua de la mayoría dominada.

Existen, sin embargo, otros ejemplos del fenómeno inverso: una minoría victoriosa impone el empleo de su lengua á la mayoría sometida.

La eliminación de *la diferencia* de religión se produce de una manera tan instintiva y tan refleja como la eliminación de la diferencia de lengua. El proceso es á veces mucho más largo y se entrega á una resistencia tenaz.

Si el hombre tiende á la lengua de su comunidad es porque ella le es querida y no se preocupa más que de su sentimiento. Las ideas religiosas hereditarias están aún más arraigadas. La atracción que se siente hacia la religión está fortificada por la superstición y por el temor. Abjurar de los dioses hereditarios es considerado como un grave pecado que no puede quedar sin castigo. Se tiene profunda desconfianza hacia los nuevos dioses, de modo que la fusión se cumple di-

fácilmente. Aquí, del mismo modo, la minoría dominante está más dispuesta á transigir (1); abandona al pueblo sometido los dioses que ya tenía, y se contenta con proclamar que los suyos son *superiores y más poderosos*. Así se produce lentamente una religión común, en la cual se puede, durante largo tiempo, distinguir los elementos primitivos. Los hábitos y costumbres que se refieren á las concepciones religiosas se mezclan igualmente en un complejo común. El fin de este proceso es generalmente la desaparición de esta diferencia de religión entre los que dominan y los que son dominados. Sólo así, los primeros pueden apoyar su autoridad en los sólidos pilares de la religión, lo que siempre es para todo poder un potente elemento de conservación, una potente garantía de duración.

La comunidad de estos dos factores, lengua y religión, he aquí una de las condiciones preliminares que son absolutamente indispensables para que una dominación pueda persistir, agrandarse y consolidarse cada vez más. Sobre estas bases y sobre ellas solas puede desarrollarse un derecho común, una cierta comunidad de intereses políticos y nacionales. Los ele-

(1) Se encuentra este saludable instinto de la dominación, no solamente entre los pueblos civilizados, sino aun entre los semisalvajes. He aquí lo que Holub cuenta, á propósito de Sechelé, rey de la tribu de los bakvena: «Había sido cristiano en su juventud; pero cuando hubo notado que la mayoría de su tribu tendía al paganismo, y que su hermano Kozilintchi se elevaba en el favor del pueblo dirigiendo los ritos paganos, cuya dirección pertenecía al rey, y presuponía el derecho de gustar los primeros frutos de los campos, el poder de hacer la lluvia, etc., Sechelé se decidió (quedando cristiano hasta cierto punto, es decir, visitando la iglesia y haciendo bautizar á sus hijos) á practicar los ritos paganos y aun á dirigir una parte de ellos, en tanto que esta dirección se refería á la potencia del soberano.»

mentos étnicos heterogéneos primitivos se perpetúan en la oposición entre los que dominan y los que son dominados; no pueden sobre otras bases transformarse en una unidad, que hasta cierto punto no sea tan sólo aparente. El producto de esta fusión será capaz, á título de unidad, de buscar satisfacer en el exterior, á expensas de otras unidades análogas, realizadas de una manera semejante, sus necesidades de movimiento, de guerra y de explotación, necesidades que hunden profundamente sus raíces en la naturaleza de las comunidades humanas.

Esto no quiere decir aparentemente más que la eliminación de estos dos importantes factores de separación, que el establecimiento de la unidad política, lingüística y religiosa, haya jamás eliminado todo peligro de explosión de guerras civiles y de derrumbamientos interiores. Quedan bastantes oposiciones y separaciones entre los dominantes y los dominados; estas oposiciones no tienen su origen en el hecho mismo de la soberanía, sino en inevitables diferencias económicas, sociales, intelectuales y de educación. De cualquier modo que sea, el establecimiento de una dominación estable y el pacífico desarrollo del Estado es todavía muy difícil, si no imposible, sin esta unidad de lengua y religión (1).

(1) Si es menester un ejemplo para probar que aun en *los Estados nacionales* más caracterizados, la antigua y profunda oposición, reposando sobre la heterogeneidad étnica, continúa, por decirlo así, incubándose bajo la ceniza y no ha cesado jamás de ser un elemento de peligro (peligro que pudo siempre brillar con fuerza cuando las transformaciones y las revoluciones sociales), podemos citar aquí el interesante testimonio de Gobineau sobre los sentimientos de los pueblos de las campiñas de Francia y acerca de la nobleza y burguesía de este país. Después de haber señalado el gran contraste que existe entre las clases «civilizadas» de Francia y el pueblo de los campos; después de

Solo esta comunidad entre dominantes y dominados, que hemos erigido en condición preliminar del desarrollo y de la prosperidad de todo Estado, permite á la colectividad llegar á formar una entidad *nacional*. Este factor es de una importancia moral incalculable, para mantener la organización unitaria del poder y para corroborarla moralmente en vista de las luchas exteriores, ofensivas ó defensivas, luchas que son inevitables y aun necesarias á toda comunidad política.

Por otra parte, este establecimiento, de una gran nacionalidad fundada sobre una comunidad de civilización, parece ser uno de los rasgos característi-

haber mostrado el abismo profundo que separa los diez millones de hombres del tronco social superior y los veintiséis millones de hombres del tronco inferior; después de haber notado «aquella taciturnidad que en todas nuestras provincias es el carácter más marcado del campesino, frente á frente de lo que él llama la burguesía y la línea de demarcación tan infranqueable entre él y los propietarios más amados de su cantón», sigue así: «Y, en fin, ¡con qué tenacidad continúan mirando todo lo que no es como ellos, campesino, bajo el mismo aspecto *que los hombres de la más remota antigüedad consideraban al extranjero! A la verdad, no los matan, gracias al terror, aún singular y misterioso, que les inspiran las leyes que no han hecho ellos, pero que cordialmente odian*, y de las cuales desconfían y que procuran esquivar, alegrándose mucho de ello en cuanto pueden hacerlo sin gran peligro. ¿Son, pues, malos? No, entre sí, se les ve cambiar buenos procedimientos y complacencias. Solamente que se miran como de otra especie; especie, á creerlos, oprimida, débil, que debe tener sus recursos en la astucia, pero que guarda también su orgullo muy tenaz y muy desdenoso. En algunas de nuestras provincias, el labrador se estima de mucha mejor sangre y de más vieja fuente que su antiguo señor... No hay que dudarlo: el fondo de la población francesa tiene pocos puntos comunes con su superficie; *es un abismo en el cual la civilización se ha suspendido* y las aguas profundas é inmóviles que duermen en el fondo se mostrarán alguna vez irresistiblemente disolventes. Los aconte-

cos del proceso histórico de la humanidad. Gracias á esta unificación, y gracias solamente á ella, puede llegarse á la formación de un gran dominio de civilización que tenga un carácter especial.

XXXVI

Cómo se organiza la dominación.—Civilización

Más arriba hemos señalado que el desarrollo del Estado y de todas las condiciones que implica conduce á la *civilización*. Hemos visto también aparecer

cimientos más trágicos han ensangrentado el país sin que la nación agrícola haya buscado otra parte que la que se le obligaba á tomar. Allí donde su interés personal y directo no ha entrado en juego, ha dejado pasar las tempestades sin mezclarse en ellos ni aun por simpatía. Espantados y escandalizados ante este espectáculo, muchas personas han pensado que los campesinos estaban esencialmente pervertidos, lo cual es á la vez una injusticia y una muy falsa apreciación. *Los campesinos nos miran casi como enemigos*. No entienden nada de nuestra civilización, no contribuyen á ella de buen grado, y en tanto que pueden, se creen autorizados á aprovecharse de sus desastres. Si se les considera *fuera de este antagonismo*, activo algunas veces, lo más á menudo inerte, no se ponga en duda que residen en ellos altas cualidades morales, aunque á menudo singularmente aplicadas. *Hago extensivo á toda Europa lo que acabo de decir de Francia»* (Gobineau). Nos adherimos completamente á lo dicho por Gobineau sobre este último punto. Mientras que apoya sus observaciones sobre lo que ha visto en el Oeste de Europa, las *nuestras* están tomadas de lo que hemos notado en el Este. Ellas nos permiten confirmar absolutamente y completar sus dichos. Podemos ir más lejos; creemos que bastarán observaciones atentas hechas en los Estados de otras partes del mundo, para comprobar en todas ellas los mismos antagonismos, producidos por la identidad que se encuentra en todas partes en el proceso social.

en el curso de la historia, como productos del proceso natural social, *fenómenos de civilización* que se desarrollan en ciertos dominios territoriales. Tienen por substrato *pueblos civilizados ó naciones civilizadas*. Estas colectividades que nos vemos forzados á reconocer como constituyendo esos substratos, han, una vez por lo menos durante este desarrollo de civilización, encontrado en una comunidad política, en un Estado, este punto de unificación política. Así, pues, la *civilización* es, sobre todo, un fenómeno intelectual. Consiste, en efecto, en un conjunto de *ideas* adquiridas por la observación y la experiencia, en un *orden de vida* en relación con estas ideas. De este orden de vida forma parte la aplicación sistemática de las ciencias y las artes en el perfeccionamiento y embellecimiento de la existencia entera.

Hay muchas civilizaciones de este género en los tiempos que nos da á conocer la historia. Hay actualmente muchas todavía. Jamás se ha repartido ninguna de ellas sobre todo el globo terrestre, ninguna de ellas presenta en la actualidad señales de extenderse. Cada una de esas civilizaciones, en cualquiera época que sea, no se extiende más que á cierto dominio territorial y á sus habitantes (á éstos más ó menos). Tenemos, pues, derecho á hablar de diversos *dominios de civilización*. Una alta civilización es, en relación de la cualidad, lo que el desarrollo social puede producir de más elevado. Se ha procurado, en los últimos tiempos describir las diversas civilizaciones que se han sucedido ó que han coexistido: es el asunto que es objeto de la *historia de la civilización*. En cuanto á estudiar la esencia y los elementos de estas civilizaciones, en cuanto á buscar de qué manera por la acción de algunos factores de la vida so-

cial, las civilizaciones y dominios de civilización se producen, en qué difieren, en qué se parecen y si hay alguna acción recíproca ó alguna conexión en su marcha ascendente ó descendente, es cosa que pertenece á la sociología.

Lo que hay de esencial en la civilización, no es el desarrollo de una única dirección intelectual; lo que constituye la civilización de un pueblo es la *totalidad de los dominios intelectuales* que ha desarrollado. Estos dominios, como ya lo hemos mencionado, son: la economía política, la ciencia, el arte, el derecho, las costumbres, etc.

Según que un pueblo cultiva más ó menos algunos de estos dominios, según que en uno de ellos ó en muchos hay trabajos más ó menos grandes, más ó menos importantes, se dice que su civilización es más ó menos elevada, etc., etc. (Las expresiones no faltan para designar estas diversas relaciones.)

Para ningún desarrollo natural se puede indicar un punto inicial, un límite más allá del cual no hay nada: la civilización se halla en este caso. Se dice: «aquí ó allá, no hay nada de civilización.» Por todas partes, sin embargo, hay gérmenes de civilización ó ciertos comienzos que son ya una civilización por primitiva que sea. En todo caso, lo que se tiene derecho y razón para afirmar es que toda civilización implica necesariamente la vida común de un gran número de hombres, una *comunidad social*, por pequeña que sea. *Sin reunión en sociedad no hay civilización.*

Pero si la vida en sociedad, aun la más primitiva, es la condición preliminar más necesaria, la condición *sine qua non* de toda civilización en su sentido más elevado, reacciona sobre sus criaturas y sus propagadores; los *constituye en sociedades, en naciones y en*

razas. Es así cómo en la esencia de todo Estado potentemente desarrollado, vemos desarrollarse por la *cooperación de todos los factores de la solidaridad política* y de la comunidad social, una *comunidad* de civilización, más ó menos grande, que rige los elementos, en otro tiempo heterogéneos, de la sociedad primitiva, hacia una homogeneidad *nacional* cada vez más grande (1).

Si es el Estado, y, por consiguiente, la autoridad organizada, quien ejerce la más poderosa influencia sobre el desarrollo de la civilización, hay lugar para preguntar si estos dos hechos, conexos entre sí, si

(1) Niebuhr, en su historia romana, se esfuerza con razón en demostrar «que la soberanía romana ha creado la *nación romana*». Gobineau describe de la manera siguiente este desarrollo general: «Pero ciertas agregaciones de hombres mucho más imaginativas y más enérgicas comprenden algo mejor que el maridaje: hacen la conquista de un vasto territorio y toman en propiedad, no solamente los habitantes, sino el suelo con ellos. Desde entonces queda formada una verdadera sociedad. A menudo, durante cierto tiempo, las dos razas continúan viviendo la una al lado de la otra, sin mezclarse, y, sin embargo, llegan á ser indispensables la una para la otra, la comunidad de trabajos y de intereses se establece á la larga, los rencores de la conquista y el orgullo desaparecen; además, mientras que los que están debajo tienden naturalmente á subir al nivel de sus señores, éstos encuentran también mil motivos para tolerar y algunas veces servirse de esta tendencia; por consiguiente, la mezcla de sangre acaba por realizarse, y los hombres de los dos orígenes cesan de referirse á orígenes distintos, confundiéndose cada vez más; Rouske se limita á reconocer que las naciones no son del todo primordiales y naturales. Las nacionalidades inglesa, francesa, italiana, que son tan poderosas y que tienen un sello tan especial, han sido creadas por el suelo y por la raza, más bien que por la serie de los acontecimientos.» No vemos por qué lo que se aplica á la nacionalidad francesa, inglesa, italiana, no ha de aplicarse igualmente á las nacionalidades asiria, babilónica, persa, china, así como á las nacionalidades griega, romana, alemana.

el Estado es la causa de la civilización, puesto que son una dependencia recíproca, no podrían ser considerados como factores de un proceso natural *único*. No tendremos derecho á considerarlos así á no ser que lleguemos á probar que existe entre estos dos hechos una relación de causa á efecto fatal y necesario. Y bien: esta relación existe.

La diferencia, pues, considerable entre la mayor parte de los animales y el hombre, estriba en que los primeros no saben hacerse prestar servicios por seres diferentes ó por sus semejantes; en otros términos, los animales no son capaces de *dominación*. La banda humana primitiva no *utiliza sus miembros*, los individuos de su propio linaje; esta banda se compone de individuos perfectamente *iguales* é igualmente *libres*, de los cuales cada uno, ya aisladamente, ya en común, atiende á la satisfacción de sus propias necesidades. En tanto que esta banda queda sola, ninguna civilización es posible, porque la civilización, aun la más modesta, las primeras fases del desarrollo de la civilización más primitiva, están subordinadas á una *división del trabajo*, en cuya virtud uno está encargado de los trabajos inferiores más difíciles, el otro de los trabajos superiores y más fáciles (en el número de los cuales se encuentra también el mando).

La esencia de esta división del trabajo es que los unos trabajan para los otros; sólo esta división permite á aquellos para los cuales se trabaja, dirigir su espíritu á asuntos más elevados, á reflexionar sobre cosas superiores y atender á una existencia «digna del hombre».

Los hombres quedarían eternamente en un estado semejante al de los animales; si estuviesen todos ellos obligados á proveer por sí mismos á su subsistencia,

si no pudiesen entregarse á otra ocupación. Para que se eleven por encima del estado animal, es preciso que algunos de entre ellos puedan entregarse, merced al trabajo de los otros, á los cuidados más absorbentes, á los trabajos más violentos.

Sabemos ya que nadie se somete voluntariamente al yugo de otro; que nadie de buen grado se encarga de trabajos inferiores y penosos para procurar á los demás el grado ó la posibilidad de vivir en la ociosidad. Este primer paso en la vía del progreso y de la civilización no se haría jamás si dependiese de la sumisión voluntaria de unos hacia otros, del *altruismo* de Comte. No se puede esperar del hombre en general, y en particular de hombres en el estado de brutalidad, que es el estado de la naturaleza, semejante *devoción* para objetos superiores desconocidos; todavía menos, una penetración profética, una previsión de futura prosperidad común. No pensando cada cual más que en sus *ventajas inmediatas*, en la *satisfacción inmediata* de sus necesidades y en su comodidad inmediata, elegiría siempre el papel de señor y jamás el de *trabajador* y *esclavo*. Si los acontecimientos hubiesen dependido de la *penetración* y de la *buena voluntad* del hombre, estaríamos todavía en el estado en que se encuentran los habitantes de la Tierra del Fuego.

Felizmente, el proceso natural de la historia no depende del buen placer de los individuos; la naturaleza parece haber tomado sus precauciones en esto como en otras muchas cosas. Ella ha puesto en el corazón del hombre inclinaciones poderosas, irresistibles, para que este proceso no se detenga y que favorecen continuamente su desarrollo, como las diversas fuerzas perpetúan y aceleran los procesos sidéricos químicos, vegetales y animales.

Cuando por innumerables bandos singenéticos la humanidad hubo poblado la tierra, la inclinación de la conservación personal y el egoísmo de los diversos bandos extranjeros de una parte, la profunda repulsión y el odio inexorable contra los bandos extranjeros de otra parte, pusieron en aventura el gran proceso natural de la historia. ¿Quién debía trabajar para otro? ¿Quién debía prestar servicios á otro? ¿Quién debía formar el escalón más bajo, á fin de que los otros pudiesen elevarse á un grado superior de desarrollo de civilización? Era necesario que estas cuestiones no dependiesen de la *libre voluntad*, de un *contrato* y una elección. Fueron más bien resueltos en virtud de una necesidad natural. En la *lucha de las razas por la dominación*, la banda más fuerte los dominó en provecho suyo.

Este fenómeno reposa en una ley natural: podemos demostrarlo por el curso completo de la historia conocida, por los acontecimientos de la época actual, también como el químico puede, según la observación cotidiana, concluir que en las edades más lejanas el agua se evaporaba ya bajo la influencia del sol.

Existe otro fenómeno que presenta igualmente una regularidad natural y sin excepción, y es que la inclinación de conservación personal y el egoísmo impulsaron á uno de los grupos sociales á hacer servir para sus fines y á la fuerza el grupo más débil, á someterlo, á dominarlo, á dictar y á regular violentamente una división de trabajo.

La dominación, en último extremo, no es otra cosa que una división de trabajo regulado por la superioridad de la fuerza, división en la cual las necesidades inferiores y difíciles incumben á los dominados, mientras que las ocupaciones superiores y fáciles (á menu-

do se limitan al *mando* y á la *administración*) pertenecen á los dominadores. Solamente que del mismo modo que no se puede imaginar civilización alguna exenta de división del trabajo, así tampoco *ninguna división fructuosa del trabajo es imposible sin dominación*, porque, como hemos dicho, nadie se someterá voluntariamente al cumplimiento de las necesidades inferiores y difíciles.

Podemos, sin embargo, al contemplar la naturaleza desde un punto de vista teológico, admirar la gran «sabiduría» que ha demostrado en su manera de recurrir á los medios más prácticos y apropiados á sus fines.

Si, actualmente, en medio de una civilización tan avanzada, cierto rigor, cierta dureza de corazón, son necesarios para regular la división del trabajo; si nos vemos obligados á menudo á hacer que los hombres ejecuten los más desagradables trabajos y los más penosos, ¡cuánta mayor dureza debió ser necesaria en la época en que el hombre se encontraba sin defensa enfrente de las fuerzas naturales, sin instrumentos convenientes, sin medios para dirigir el mundo animal! ¡A qué crueldades, á qué bárbaros sacrificios de hombres no fué preciso recurrir, en los tiempos primitivos de la humanidad, para ejecutar una multitud de trabajos que actualmente se realizan por medio de máquinas ingeniosamente dispuestas! Si los hombres hubiesen tenido sentimientos *humanos*, si en cada hombre hubiesen visto un hermano, muchos grandes trabajos de civilización no se hubiesen emprendido.

La naturaleza ha evitado sabia y prudentemente el obstáculo que los sentimientos humanos hubiesen opuesto á todo desarrollo de civilización. Es verdad que para ella el hombre primitivo había sido dotado

de sentimientos «humanos»; pero estos sentimientos no los tenía más que *para los miembros de su propia banda*. Este sentimiento singenético, ó, para designarlo con una sola palabra, el singenismo, tal es, otra vez más, una de las leyes naturales perpetuas, una de esas leyes sociales que existen siempre y en todas partes, bien que bajo formas adaptadas á los grados de civilización más diversos, á las formas sociales más diversas, tales como nos las muestran la historia y la observación. Pero al lado de este singenismo estaban profundamente arraigados en la naturaleza del hombre el *odio al extranjero*, la execración á la sangre extranjera, la insensibilidad completa ó respecto de los sufrimientos de todo grupo social de otra procedencia. Este odio al extranjero ha preparado la civilización, regulando por la fuerza la división del trabajo é imponiéndolo al extranjero, cuando estuvo bastante avanzado para no comérselo, todos los trabajos difíciles que son necesarios para preparar una vida de civilización, para realizar las obras de la civilización.

Así es cómo la naturaleza ha facilitado y hecho posible, por la heterogeneidad primitiva de los elementos étnicos y por los sentimientos de hostilidad reinantes entre estos elementos, la organización de la autoridad de los unos sobre los otros, condición *sine qua non* de una fecunda división del trabajo. Esta ha establecido en seguida *la relación de causa á efecto entre las organizaciones de dominación y el desarrollo de la civilización humana*.

Examinemos ahora, con algunos más pormenores, en qué consiste la división del trabajo impuesto por la violencia, que se nos aparece como una explotación de los unos por los otros: explotación de los que traba-

jan y que son dominados por los que mandan y dominan, pero no sin prestar servicios á modo de reciprocidad por éstos y aquéllos. Estos servicios consisten en mantener el *orden* del Estado, en el cual el desarrollo acaba por procurar ciertas ventajas á los mismos que parecen explotados, haciéndoles participar, en muchos respectos, de los bienes y beneficios de la civilización, adquiridos en medio de este orden y de su desarrollo.

Una segunda división del trabajo corre paralelamente á la primera sobre toda la longitud del desarrollo histórico. Esta no es violenta como la primera: podría decirse que es voluntaria, si, como la primera, no cumpliese con una necesidad natural cuando vuelven á aumentar ciertos elementos étnicos apropiados.

Es la división del trabajo mediante la cual, sin emplear medios de violencia, ciertos elementos étnicos, que también ellos eran primitivamente heterogéneos, fuerzan á los otros á suministrarles servicios por vía de cambio ó de comercio, ó bien vienen ellos mismos á ofrecer á los segundos sus servicios, forzándoles estos últimos á suministrarles no un salario, sino otros bienes á guisa de salario; en otros términos, el comercio, los oficios, la industria.

La división del trabajo operada por violencia se presentaba á nosotros como una explotación: los negocios, la industria y el comercio nos ofrecen el mismo carácter. Bien considerado, sin embargo, presentan ciertas ventajas á los elementos que parecían explotados, y les hacen participar, en cierta medida, de los bienes y beneficios de una civilización progresiva.

XXXVII

Singenismo

Hasta el presente hemos considerado los grupos sociales principalmente en sus *relaciones recíprocas*; hemos visto cómo la lucha de las razas por la dominación, perpetuada por sentimientos de odio y execración al extranjero, ha conducido todo este desarrollo social, que, sobre los puntos del globo más diferentes y en las épocas diversas, hace que se manifiesten las civilizaciones sociales más distintas bajo las de dominación más diferentes.

Hemos considerado principalmente lo que podríamos llamar las relaciones *exteriores* entre estos grupos sociales, entre estas comunidades; nosotros no hemos visto más que su reacción recíproca, que las *fuerzas* y las tendencias mostradas por ellos en sus mutuas relaciones.

Vamos á penetrar, sin embargo, en el interior de estos grupos; vamos á considerar de cerca la *fuerza* que hemos llamado *singenismo*. Merced á ella, lo hemos hecho notar de pasada, cada grupo es un grupo aparte; mediante ella, cada grupo es considerado como una *unidad*, como una «raza».

Vamos todavía á servirnos del método experimentado, que consiste en observar en primer término los hechos en la historia y en la *vida real*, y á deducir, de la regularidad y de la constancia notadas en su aparición y en su reaparición, la ley ó el principio que le sirve de base. Al considerar las situaciones y los fenó-

menos políticos y sociales del día en cualquier país, notamos que todas las victorias de los individuos corresponden siempre á los sentimientos de ciertos círculos y grupos relacionados; que los individuos, casi siempre no son más que los ejecutores de las intenciones de estos círculos y de estos grupos; que estos individuos, en sus acciones defienden y sostienen los intereses de esos círculos y de esos grupos, en medio de los cuales se encuentran y de los cuales forman parte. Todo esto que ocurre en la vía pública, recibe su impulsión y proviene de los sentimientos y disposiciones de estos grupos y círculos sociales. Y si la vida pública representa un combate perpetuo entre los intereses y las más opuestas corrientes, podemos, con un examen atento, hacer constar que estos intereses y corrientes toman su origen en estos círculos y grupos sociales. Así, pues, estos grupos son de naturaleza diferente, tanto en lo que concierne á su extensión, como en lo relativo á sus bases y á los intereses que los mantienen en cohesión.

De este modo, la influencia y el poder pertenecen á pequeños grupos y á círculos de familia, tanto en la corte de los soberanos como en las ciudades y en las aldeas; por todas partes, estos grupos y círculos impulsan y protegen á sus afiliados, y apartan de todo puesto importante á las personas que les son extrañas.

Vemos en seguida categorías de hombres del mismo nacimiento, tener en frente de otras clases ciertas costumbres y maneras de ser especiales; tener conciencia, en frente de otras categorías, de otras clases, una especie de comunidad en las posiciones sociales y en ciertos intereses; tender, en fin, á sostener los hombres de su sangre fuera de las categorías y clases

de otra sangre. Además, estos círculos sociales (rangos, clases, etc.) participan de la vida pública por sus clientes, que en todo tiempo encuentran ayuda y recursos en estos círculos. Estos clientes, en cambio, defienden y favorecen, en todos sus hechos y gastos, el interés de las categorías y de las clases susodichas. Tal es, esto no puede ser objeto de duda, el ejercicio de las influencias en los Estados en que la estabilidad reina desde hace largo tiempo.

Fijémonos en un gran Estado europeo cualquiera, exento desde largo tiempo ha de grandes revoluciones políticas y sociales, Rusia, por ejemplo, y encontraremos que el poder supremo se encuentra en ciertos círculos singenéticos que se agrupan en torno de la dinastía reinante. Tomadas las cosas en conjunto, podemos decir que la influencia y el poder pasan de padres á hijos, se propagan en las mismas familias, y en todo tiempo, un círculo de familia más ó menos cerrado, se encuentra en la cúspide del gobierno. No debe creerse que las situaciones de este género sean propias de los *Estados despóticos* ó de las *monarquías absolutas*; las encontramos también en las repúblicas que desde hace tiempo gozan de la estabilidad gubernamental.

Después de haber citado el imperio colosal de Rusia, podemos invocar como apoyo de la verdad de nuestro aserto la república *enana* de los Pirineos: la *república de Andorra*. En un artículo de periódico leemos á propósito de esta república: «Toda la propiedad de Andorra se encuentra en manos de *un reducido número de familias patricias*, cuyos miembros son llamados á todos los puestos honoríficos. El gobierno está ejercido por un sindicato elegido en vida, asistido de un consejo comunal elegido por cuatro

años, formado de veinticuatro miembros que son *capos grossos* (cabezas gordas), es decir, que pertenecen á las primeras familias.»

No se encontrará otra cosa al recorrer toda la serie de Estados, grandes y pequeños, entre la república de Andorra y Rusia. No vemos, es cierto, esos círculos singenéticos destruidos y destrozados que aquí donde una catástrofe súbita ha interrumpido la marcha normal del desarrollo, pero podemos estar seguros de que en estos países la tendencia singenética no tardará en mostrarse en todas partes y llegará á evidenciarse si el nuevo Estado se mantiene. Una revolución condujo al poder á Napoleón I, pero apenas volvió la estabilidad, el advenedizo se encontró rodeado del círculo singenético completo de sus parientes próximos ó remotos; además, conducido por un instinto que no le engañaba, se estorzaba por penetrar él mismo en el círculo singenético de los soberanos de Europa.

Sería superfluo presentar ejemplos para mostrar que el singenismo es una fuerza eficaz en la historia y en la vida política. Basta con citar este hecho, como tantos otros que se presentan al espíritu de cualquiera que conoce algo la historia y la política.

Lo que al presente nos ocupa es algo diferente.

Si la historia es un proceso natural, si los fenómenos que siempre y en todas partes se renuevan corresponden á leyes fijas, invariables, es preciso también que el singenismo (es decir, el fenómeno que consiste en que siempre en la vida social ciertos grupos de hombres sientan que ellos, estando estrechamente ligados entre sí, procuran obrar como un solo factor, en la lucha por la dominación), es menester, decimos, que este fenómeno, reservándose siem-

pre y en todas partes, corresponda á alguna ley natural perpetua, invariable, de este género.

Para llegar á conocer esta última ley, es preciso comenzar á estudiar en detalle el mismo fenómeno en su esencia; es preciso que consagremos el referirlo á la causa que radica en la historia natural; nos es preciso hablar de descubrir los últimos filamentos de esas raíces que se reparten entre los diversos individuos ó, más bien, que las conservan y mantienen.

Así, pues, ¿cuál puede ser la causa del singenismo, como fenómeno objetivo, que se nos presenta en la vida y en la historia? Es aparentemente un sentimiento que los individuos experimentan, y mediante el cual se encuentran más estrechamente relacionados con un grupo de hombres que con otro grupo de hombres. Este sentimiento, como todos los sentimientos humanos, debe sin duda reconocer una causa cualquiera, de la cual emana una condición de que él es consecuencia, una fuente de la cual proviene, porque semejante sentimiento no puede ser innato; no puede menos de ser adquirido por la educación, por la costumbre, pareciéndonos natural y aun innato, por efecto de la costumbre, segunda naturaleza.

Busquemos ahora, en la observación y en la historia, la base natural, ó, por decirlo así, el *substratum* físico de ese sentimiento. El sentimiento más primitivo que ha producido el singenismo, sentimiento que sin duda existía antes de todo desarrollo *social*, es el sentimiento de relación entre todos los miembros de la *banda*. Esto no es precisamente la consanguinidad producida por un origen común, no es más que el sentimiento de la comunidad de los vínculos de la banda. En el grado más inferior de este desarrollo, este sentimiento de comunidad no difiere mucho seguramen-

te de aquel que poseen los miembros de un rebaño de elefantes, que los reúne más estrechamente entre sí, que á una manada de otros animales. En este grado más ínfimo, este sentimiento es el de la igualdad de los miembros de uno de los grupos por oposición á los miembros de otro grupo. Semejante sentimiento anima en todas partes á las hordas humanas, fortifica su unidad, los mantiene opuestos á otras hordas y á otras tribus. *Este sentimiento singenético primitivo se ha mantenido hasta el día de hoy en todo su natural y en toda su fuerza.* Reunió los miembros de círculos consanguíneos y los grupos de hombres que tienen conciencia de un origen común ó que creen en un origen común. Este sentimiento es, en su naturaleza, un sentimiento de igualdad natural, de identidad de creencia. Primeramente, y en virtud de una simpatía natural, traspasa en intimidad todos los sentimientos sociales, todos los sentimientos humanos. El *substratum* físico de este sentimiento es el hecho percibido de la semejanza física así como de la semejanza intelectual; es la idea de igualdad lo que se desprende.

En el curso del desarrollo social de la humanidad hemos tenido ocasión de observar sentimientos análogos de estrecha conexión, de sólida simpatía, existentes entre ciertos grupos de hombres en tanto que eran opuestos á otros grupos. Estos sentimientos tienen otra base que la base *física* que acabamos de indicar. Los factores que relacionan estos grupos de hombres entre sí y los oponen á otros grupos, son más bien de naturaleza intelectual que de naturaleza física; son más bien el resultado de la civilización que el de la consanguinidad. Existe, pues, un fenómeno muy general; y es que los miembros de un Estado se

sienten solidarios enfrente de otros pueblos, y que buscan para establecer esta solidaridad algunas propiedades superiores que serían iguales con ellos. Obedecen así á una tendencia natural: la que hace buscar una explicación para todo fenómeno. Esta es la razón porque la mayor parte de los pueblos se han creído particularmente *nobles*, particularmente distinguidos, como pueblos elegidos entre todos los pueblos, reforzando, mediante esta solidaridad, la superioridad de sus miembros sobre los miembros de otros pueblos, corroborando sus sentimientos singenéticos por los miembros de su comunidad. Los judíos se constituyeron solidariamente como siendo el pueblo elegido frente á frente de otros pueblos; los griegos se consideraron como mejor dotados y más nobles que los bárbaros del mundo entero; los romanos estaban entre sí íntimamente enlazados los unos con los otros por el título de *ciudadanos romanos*. El cristianismo, en fin, opuso á los *infielos* los fieles participantes de la salud de las almas. Los mahometanos y otras sectas religiosas, han procedido de la misma manera. En una palabra, vemos que independientemente de los factores que nos parecían naturales, ciertos factores de *civilización* producen una solidaridad de ciertos grupos de hombres más ó menos considerables. Esta solidaridad es análoga á los sentimientos singenéticos que nos parecían primordiales; y como en el desarrollo social, ciertos grupos de hombres se cierran para los otros, desempeña aquélla en la historia papel análogo al de este singenismo primitivo que nos parecía haberse desarrollado sobre el substratum puramente natural, de la consanguinidad.

Encontramos el singenismo en todas partes, pero presenta las gradaciones, las formas y las espe-

cies más diferentes. Algunas palabras á este propósito.

Si existe siempre y en todas partes un *motivo* cualquiera que relacione estrechamente un gran número de hombres los unos con los otros en la oposición y la eterna lucha con los otros hombres, debe haber aquí, según la diferencia de este motivo, diversas especies y formas de singenismo.

Entre estos motivos, los unos, según acabamos de explicar, nos aparecen como siendo más ó menos naturales, otros, como teniendo más ó menos raíces en la historia ó en la civilización. Cuando encontramos un grupo que tiene conciencia de un próximo parentesco, de una consanguinidad, el sentimiento singenético resultante de este sentimiento ó de esta creencia nos parece natural.

Si vemos comunidades sociales cuyo cimiento es un interés intelectual superior cualquiera, por ejemplo, una religión ó una civilización común, el sentimiento de solidaridad que resulta de semejante interés nos parece superior, moral, comprendido en la civilización.

Todos estos sentimientos singenéticos tienen algo de común, reúnen á los hombres en grupos sociales. Según la especie, el número y la fuerza de estos motivos, el sentimiento singenético es más ó menos débil, más ó menos fuerte, reúne más ó menos estrechamente un número de individuos más ó menos grande, más ó menos pequeño, y forman también las comunidades sociales más diversas, las tribus, los pueblos, las naciones y las razas, que, como hemos visto, son los propagadores y los *subtratums* del proceso natural social (1).

(1) Aquí viene á unirse una vía lateral á nuestros desarrollos.

XXXVIII

Base material y moral del singenismo

Consideremos ahora, con algunos más detalles, en primer lugar los diferentes motivos, ó, por decirlo así, los *substratums* materiales y morales de estos sentimientos singenéticos, y en segundo lugar la manera cómo se forman las comunidades sociales según los motivos que para ello han tenido. En el número de estos motivos, nos aparecen en la vida y en la historia factores muy diversos, entre los cuales podemos señalar los siguientes como los más importantes: 1.º, la comunidad de sangre producida por el *connubium*; 2.º, la comunidad de lengua; 3.º, la comunidad de re-

No queremos ocuparnos ahora de ella; la reservamos para más tarde. Nos referimos al estudio de las relaciones entre el individuo y un grupo singenético. Se podría, á nuestro entender, en este estudio tan tentador, hacer numerosos descubrimientos concernientes á la psicología individual. La psicología, hasta el presente, edifica generalmente sobre la naturaleza del individuo y sobre su relación con sus «hermanos», con sus *semejantes*, con el «prójimo» según se dice; pero este «hermano» es «semejante», este «prójimo», nos parece una abstracción ideal. No existe en la realidad. En la realidad cada hombre pertenece á algún grupo singenético. La psicología, no considerando más que la abstracción, el «prójimo», cuenta con un grandor indeterminado y no puede llegar á ningún resultado positivo. Al examinar, por el contrario, cómo el individuo se relaciona con su grupo y con los grupos extraños, sería posible reconocer verdades que constituirían una parte importante de una psicología positiva del individuo. Volveremos en otra ocasión á tratar de este asunto.

ligión, con la comunidad de costumbres y de hábitos que con ella se relacionan; 4.º, la comunidad de civilización y educación; 5.º, la comunidad de intereses materiales. Cada uno de estos factores posee por sí mismo la fuerza necesaria para formar un grupo social por medio de un sentimiento singenético.

Es, pues, claro, que según el número de estos factores, un grupo social puede ser mantenido por sentimientos singenéticos más ó menos potentes, porque hay comunidades y grupos que están relacionados por uno ó por otro de estos factores ó por muchos de ellos. Aún pueden añadirse otros. Pueden así producirse las más diversas combinaciones, pero, en general, puede emitirse esta proposición: la grandeza y la extensión de los grupos son inversamente proporcionados al número de factores singenéticos que le son comunes, de suerte que, cuantos más hombres contiene el grupo, menos son los sentimientos singenéticos comunes á estos hombres. Los sentimientos singenéticos más fuertes, los más encontrados, por decirlo así, son los que reposan sobre mayor número de circunstancias singenéticas comunes con los que reúnen los grupos más pequeños. Cuanto más grandes se hacen los grupos, más débiles se hacen los sentimientos, porque reposan sobre un número cada vez más pequeño de factores singenéticos.

Las comunidades humanas que tienen más cohesión singenética son las comunidades más primitivas, es decir, aquellas que poseen en común, independientemente de la sangre, la lengua, la religión y todo lo que de ellos depende; por consiguiente, las costumbres, los hábitos y la manera de vivir. Pero cuanto más grande es esta cohesión más grandes se hacen el odio y el desprecio respecto de todo grupo extranjero,

con el cual no se tiene en *común ninguno* de estos factores, y que, por consiguiente, en virtud de una necesidad natural, aparece como compuesta, no de hombres, sino de criaturas buenas, dispuestas á ser sacrificadas á la primera ocasión. Esta disposición es tan naturalmente necesaria, que ninguna religión, aun el cristianismo (los moros) no pueden cambiarla. Para los *boërs* cristianos del Sur de Africa, los *boschimanos* y los *hotentotes*, no teniendo de común con ellos *ninguna* de las circunstancias singenéticas mencionadas, eran criaturas á los que se podían exterminar como raza de los bosques.

La más cristiana de todas las naciones, España, no procedió de otra manera con los indígenas de América. Es que las *masas* están dominadas por leyes morales. importa poco que estas masas sean paganas ó creyentes.

Esta oposición primitiva de dos elementos étnicos heterogéneos, experimenta una lenta evolución á partir del momento en que la lucha abierta se transforma por la manera como se organiza la dominación en una lucha de intereses. La lucha abierta era una lucha á muerte, la lucha de los intereses es la lucha lenta y pacífica. El contacto de los vencedores y señores con los esclavos colmó necesariamente, á la larga, el abismo que en un principio separaba los elementos heterogéneos y que parecía infranqueable.

La diversidad del lenguaje desaparece, en primer lugar, ante el interés común de los amos y de los esclavos. La tendencia á crear lenguas, en vista de un concierto recíproco, tendencia que se manifiesta en los comienzos más lejanos de la humanidad, se deja sentir entre los señores y los esclavos y supone un contrato, que, no importa cómo, conduce á la comu-

nidad de lenguas, generalmente por la desaparición de una de las lenguas y por el triunfo de la otra (1).

Es este un gran paso en el camino en que las relaciones entre los elementos étnicos heterogéneos se hacen más humanos porque la comunidad de lengua relaciona los hombres; solamente cuando llegan á entenderse entre sí es cuando merecen el nombre de hombres. Siempre y en todas partes ocurre lo mismo; podemos actualmente observarlo bajo las formas más diversas aun entre los pueblos civilizados.

El segundo factor cuya diferencia separa los grupos humanos y cuya generalización los relaciona, es la religión y todo lo que de ella depende (costumbres, hábitos, manera de vivir, etc.). Este factor es más persistente que el primero, porque la separación consiste aquí en las ideas de los hombres, los cuales se transmiten en los grupos de generación en generación, por la educación en la vida común. De otra parte, no se encuentra aquí la inclinación á entenderse que tan poderosamente obra para formar comunidades y que al mismo tiempo los impulsa á atender con tanta tenacidad á ese mundo de «las ideas más verdaderas» que se relaciona con su más íntimo ser. Pero una densa

(1) Los poetas y los pensadores griegos dicen á menudo que los hebreos no podrán tener jamás amistades con los bárbaros. Lepsius dice á propósito de los turcos: «Tienen un desprecio *innato* contra todo lo que no pertenece á la nación. Los indígenas del interior de Australia son sometidos por los blancos, porque parece que se deslizan en los campamentos de estos últimos, generalmente en las inmediaciones de las minas de oro, y matan á los que están dormidos. Por su parte los mineros, en cuanto advierten un hombre de color oscuro, echan mano del fusil y del revólver, de suerte que existe una guerra de exterminio de las más violentas en la que en un plazo corto serán exterminados todos los indígenas» (*Revista Ausland*, 1882).

barrera elevada entre el hambre y el hombre, desaparece en cuanto la religión es común. A decir verdad, la comunidad de religión es un medio de reunir grandes masas de pueblos, aun de lengua diferente, para acciones comunes en la historia de la civilización.

El *tercer factor*, la comunidad de sangre, es, por su naturaleza, el más conservador. Verdad es que la religión tomada en común destruye un gran obstáculo legal que se oponía á la comunidad de sangre. Siempre la tendencia de los individuos de una misma sangre á confirmarse en círculos estrechos, persiste, á despecho de todas las otras tendencias, la unificación. Este tercer factor es, por decirlo así, el que garantiza que los árboles de la fraternidad humana no se eleven jamás hasta el cielo.

Hay, por lo demás, una cantidad de intereses materiales y de intereses de poder que contribuyen á confinar entre ellos los hombres de la misma sangre. Estos intereses son parte á mantener en la humanidad la división en círculos singenéticos y sociales múltiples; contribuyen á que ese perpetuo combate se alimente siempre con multitud de excisiones, y á que el proceso de fraternización de la colectividad, á menudo soñada y profetizada (no sabemos si está en el plan de la naturaleza) debe permanecer todavía siendo un ideal realizable.

Acabamos de investigar procesos cuyo cumplimiento exige siglos y siglos. La exposición de estos procesos pertenece á una ciencia que todavía está en sus principios: ciencia de la historia, sociología ó historia natural de la humanidad. La historia, tal como se la ha escrito hasta el presente, y la etnografía, suministran ciertamente una cantidad de materiales

que, según nuestra creencia, no han sido coordinados de modo conveniente; no se les ha dispuesto de manera que nos permitan esperar los verdaderos fines de la ciencia.

La historia, hasta el presente, apenas si ha sido escrita más que desde puntos de vista etnocéntricos, desde donde no se distingue más que un horizonte muy limitado. Todo historiador quiere *glorificar* algo; generalmente, lo que más se relaciona con él, su partido, su pueblo, su estado, su clase, etc... Se puede decir, sin temor de engañarse, que la mayor parte de la historia escrita hasta el presente, no ha brotado más que de esta necesidad subjetiva de los hombres: de glorificar *lo que les es propio y lo que tienen más cerca*, rebajando y denigrando *lo que les es propio y lo que está alejado de ellos*. Siguese de aquí que la historia escrita europea designa á Europa como el coronamiento de la creación y el centro del desarrollo histórico, que la historia china emite la misma afirmación á propósito de la China, la historia americana á propósito de América, que en el perímetro mismo de Europa ha hecho por ella tanto y cuanto, y que, en fin, cada pueblo, cada tribu, sigue su ejemplo. Mas para la exposición objetiva de leyes del proceso histórico, la historia escrita hasta el presente sólo ha hecho bien poca cosa.

XXXIX

Cómo se produce la amalgama

Acabamos de trazar á grandes rasgos, uno por uno, las diversas fases del proceso natural histórico; hemos visto la lucha de los elementos étnicos producir el Estado, y el Estado prolongarse bajo formas modificadas. Hemos señalado la fuerza que da la cohesión á los diversos elementos sociales: el singenismo; es él quien en esta lucha constituye, por decirlo así, los diversos cuerpos de ejército y mantienen el orden de batalla. Hemos, en fin, hecho constar como resultado último del desarrollo del Estado, la formación de dominios de civilización.

Nos queda por examinar un miembro intermedio importante de todo este proceso, un fenómeno que, siendo de muy complicada naturaleza, exige más detalles.

Al considerar los Estados actuales, hemos comprobado elementos sociales, de los que alguno no representa verdadera unidad étnica: una unidad que reposará, por ejemplo, sobre un mismo origen. El conjunto de nuestras investigaciones, por el contrario, nos ha enseñado que cada uno de estos elementos sociales es el resultado de un proceso de amalgama, y lo que se aplica á los Estados actuales, se aplica también, lo sabemos, á los Estados del pasado histórico, hasta donde pueden nuestras miradas investigadoras penetrar en los siglos pasados. Los elementos étnicos y sociales que encontramos en los actua-

les Estados, lo mismo que los que encontramos en los Estados del pasado histórico, son siempre unidades bastante elevadas que encierran dentro de ellas elementos heterogéneos en otro tiempo sencillos, y así se continúa, sea cualquiera la distancia á que puedan nuestras miradas ascender en la noche impenetrable de los tiempos históricos.

Apoyándonos en estas observaciones y en estos hechos, hemos ya comprobado más arriba que atraviesa la historia completa de la humanidad un perpetuo proceso de amalgama. Este proceso forma razas que se conforman con alguna ley que nos es desconocida. Parte de grupos singenéticos y primitivos muy pequeños, relaciona, encierra y amalgama ciertos grupos heterogéneos en comunidades cada vez mayores, en pueblos, en naciones, en razas; no cesa de condenarlos á la lucha contra otros pueblos, otras naciones y otras razas, igualmente cerrados y amalgamados. Los conduce por esta lucha á dominios de civilización siempre nuevos, en donde lo que es heterogéneo se funde y se amalgama (1).

A este propósito podemos observar que las unidades, por lo menos en apariencia étnicas, que hace siglos estaban en estado de hostilidad las unas contra las otras, haciéndose guerras sangrientas, se encuen-

(1) El contacto, cada vez más frecuente de las razas y de las naciones, produce una mezcla de sangre cada vez más considerable; ciertos inventos, ciertos instrumentos, ciertas costumbres, son poco á poco conocidos universalmente y esparcidos sobre la tierra; las naciones reciben un sello cada vez más concordante como aquel que ya está marcado sobre todos los pueblos civilizados de la raza blanca; los cuales, á pesar de todas las diferencias provocadas por los hechos históricos y por el clima, muestran tantas analogías en sus costumbres y sus instituciones, así como cierta forma general de instrucción (Perty: *Etnografía*).

tran, al cabo de algunos siglos, reunidas en comunidades étnicas *unificadas*, más vastas, luchando contra otras unidades étnicas de formación reciente. Basta recordar las luchas de los romanos en los pueblos itálicos, después la función nacional de los unos y de los otros, y su lucha común contra los galos y germanos; recordar las luchas entre los francos y sajones bajo Carlomagno, y, algunos siglos más tarde, la lucha común que los unos y los otros sostienen junto con los franceses, ó las luchas de los anglosajones contra los normandos, y, algunos siglos más tarde, las luchas comunes que éstos sostuvieron, á título de ingleses, contra otras naciones.

Llegamos ahora á la cuestión más importante. ¿En qué consiste que no cesan de transformarse en elementos étnicos precedentemente homogéneos los elementos étnicos precedentemente heterogéneos? O bien, puesto que se nombra brevemente *scayas* á estos elementos étnicos homogéneos (por ejemplo, la raza germánica, la raza slava, la raza romana), *¿qué es lo que constituye la raza histórica?* ¿Qué es lo que transforma las unidades de raza del pasado en unidades de raza del presente, y que, según la misma ley, obrando siempre de la misma manera, podrá, en ciertas circunstancias, transformar la unidad de raza del porvenir?

La respuesta á esta pregunta nos suministrará la clave principal de la solución del problema del proceso natural histórico; lo hemos preparado ya con lo que hemos dicho en el capítulo precedente, sobre el singenismo, así como sobre las bases naturales y políticas de este fenómeno.

El cimiento de las unidades étnicas que aparecen en la historia, no es el hecho de descender en común,

ya sea de una pareja primitiva, sea de muchas parejas primitivas. Echemos una ojeada, no importa en qué dirección, sobre las luchas de las razas en la historia y en el presente: reconoceremos que la unidad de descendencia no es, en modo alguno, lo que unifica. No es á título de unidad étnica como los franceses lucharon con los alemanes en 1870, como los italianos unidos lucharon contra los austriacos en 1859; no es tampoco en este concepto como los romanos lucharon con los cartagineses ó los griegos contra los persas. Nadie considera así á los franceses, á los italianos, etc., sosteniendo estas luchas.

Sabemos ya *en qué* consiste la causa ideal que hace a cohesión entre estas unidades étnicas y que nos las hace aparecer como vagas.

Hemos reconocido ya lo que constituye el estado de unidad étnica, la banda de hombres primitivos ó la tribu primitiva de un pueblo natural como lo encontramos, por ejemplo, en America ó en Africa. Hemos visto que lo que la separa de toda banda extranjera ó de toda tribu extranjera y lo que forma la base de los sentimientos singenéticos naturales (no se trata del odio menos natural contra el extranjero), es, en primer lugar, la libre circulación de la sangre en el interior de esta comunidad.

Hemos visto que lo que contribuye además á constituir la unidad es la comunidad de ciertas producciones simultaneadas ente los sentidos y el espíritu: estas producciones, como lo hemos reconocido, se derivan de la función natural del organismo humano y se cumplen socialmente; se derivan de la lengua, de la religión, con todo lo que de ella depende; por consiguiente, de las costumbres y los hábitos, etc.

Por todas partes en que se encuentran estas causas

(la sangre, la religión, la lengua, los hábitos y las costumbres), estamos en presencia de una unidad étnica á la cual se da generalmente el nombre de *raza* y para la cual aceptamos de buen grado tal designación.

Así, pues, según todos los desarrollos que preceden, es evidente que todos los *caracteres naturales de las razas* son todos los factores que se han producido natural é históricamente, ó, en una palabra, por un procedimiento de *historia natural*. Se tiene, pues razón al decir, como tan á menudo se repite, que actualmente no existe raza alguna en el globo, si se da á la palabra *raza* la significación (cándida á la verdad) que implica la unidad de origen. Quizá en otro tiempo hubo razas de este género, pero en otro tiempo solamente. La verdad es que en los tiempos históricos jamás las hubo.

Por el contrario, la formación de las razas, es decir la formación de las unidades étnicas comprendidas en el sentido que hemos indicado, es lo que de más importante contiene la historia de la humanidad. Esta formación de razas, con todos sus fenómenos concomitantes, tal es lo que de más esencial hay en lo que se llama *historia universal*; pero esta ciencia, ó, por lo menos, esta pretendida ciencia, no lo advierte; aunque colocándose inconsciente en otros puntos de vista trata muchos asuntos que pertenecen á la historia del mundo propiamente dicha.

Así, pues, si esta formación de razas es el nudo de «la historia de la humanidad», nos incumbe trazar los principales lineamientos del proceso de formación, á fin de justificar nuestro aserto: lo expuesto de este proceso debe ser la tarea de la ciencia histórica. He aquí lo que vamos á ensayar.

Dos elementos heterogéneos, ó por lo menos, si se quiere, dos razas anteriores, son ante todo la condición preliminar de semejante formación de razas: estas razas anteriores se resuelven en seguida en la raza nueva.

Hay, sin embargo, motivo para preguntarse cómo se produce esta formación, es decir, esta amalgama de dos razas en una sola.

Esta cuestión es la más imteresaante de todas, porque se relaciona inmediatamente á la manera como la naturaleza procede en el acto más importante del proceso social, con los medios de que se sirve y la política que observa: veremos que esta política es muy hábil, en tanto que se trata de alcanzar ciertos objetos (si podemos servirnos de esta expresión), pero tambien muy cruel é implacable, á propósito de los hombres que ella fuerza á servirle de medios y de útiles para conseguir los fines en cuestión.

Lo que enlaza la amalgama futura de las razas heterógeneas, á la cual amalgama parece tender la naturaleza (puesto que lo ha intentado en gran número de cosas), es el antagonismo natural que ya conocemos y la antipatía natural de las razas heterogéneas.

¿De qué manera se produce esta amalgama? Ante todo no puede ser cuestión de medios pacíficos, porque el individuo, por todo su ser, tiene profundas raíces en la escncia de su raza. Tiene conciencia de la comunidad sanguínea: siente que es como una gota de la circulación común, y, por naturaleza, tiene horror á la mezcla con la sangre extranjera. El individuo tiende á su propia raza por el lazo de comunidad de lengua, lazo que le es sumamente precioso. Innata casi adquirida desde la infancia, su lengua es para

él como su sangre intelectual, su ser intelectual. Su naturaleza intelectual completa está allí suspendida, los recuerdos más caros de su vida se relacionan con ellos enlazándose á ellos es como su espíritu, desde su primer gérmen, se ha elevado. ¿Qué sería de él sin este apoyo? ¿Es asombroso que se tenga más calma y afecto hacia los hombres que hablan esta lengua, la más bella de todas, que por esos bárbaros que son extraños á ella y que hasta la desprecian.

Pasemos á la religión, á los hábitos y á las costumbres. ¡Cuánto debe odiarse á los que no participan de la creencia en el Dios «de nuestros antepasados», el más precioso tesoro que conservamos de nosotros mismos! ¿Son hombres los que poseen un *yo* moral tan defectuoso que creen en *falsos* dioses imaginados por ellos mismos, los que tienen hábitos y costumbres tan abominables, estúpidas y repulsivas?

Tales son las disposiciones y los sentimientos más naturales, más sencillos, que el individuo cándido y creyente arraigado en la religión, los hábitos y costumbres de su raza, profesa para la religión, las costumbres y los hábitos practicados por «las materias inferiores» de la raza extranjera, de su raza de naturaleza diferente.

Todos estos sentimientos naturales é impuestos por la naturaleza provienen del hecho y de la conciencia de una diferencia de sangre; del hecho y de la conciencia de poseer una religión, hábitos y costumbres aparte constituyen lo que hemos reconocido ya como un hecho: el odio de raza, la execración contra todo elemento étnico extranjero. Y así constituídos, provistos de tales antipatías recíprocas, estos elementos étnicos heterogéneos no cesan de encontrarse para amalgamarse, á menos que el elemento más débil, in-

capaz de amalgamar, no sea por el otro suprimido de la superficie del globo.

Hablemos de la primera eventualidad.

Si al primer encuentro hostil se dijese á los miembros de una de las razas que el objeto de la naturaleza ha sido el de fusionarlos con sus enemigos, se revelarían todos los sentimientos más nobles que hay en ellos, todo lo que hay de mejor en su yo protestaría vivamente contra semejante aserción, porque de la unión con su raza es donde salen sus más nobles afectos. Ser campeón de los hombres de la misma sangre, he aquí el patriotismo. El culto de su propia lengua, de su religión y todo lo que de ello depende, hábitos y costumbres, he aquí lo que levanta su espíritu y le da impulso hacia el ideal. He aquí todo lo que hace de ellos *hombres* en la más alta acepción de la palabra, he aquí lo que les eleva por encima del animal. ¿Qué serían sin esto?

Y sin embargo, la amalgama ha sido decidida en los designios de Dios. ¿Cómo se produce?

Unicamente por la perpetua lucha de las razas, lucha que se perpetúa en la guerra y en la paz. Sería menester que el hombre cesase de ser hombre: sería menester, á ser posible, que se hiciese extraño á todo para lo que la naturaleza lo ha hecho, para que espontáneamente renunciase á los «bienes supremos» que ha traído consigo al venir al mundo, á su sangre «que es la más noble de las sangres», á su lengua «que es la más bella de las lenguas», á su religión «que es la más verdadera de las religiones, á sus costumbres y hábitos «que son los más honrados y más dignos».

A pesar de todo, los elementos heterogéneos y hostiles están destinados á amalgamarse los unos con

los otros, es preciso que lleguen á no ser más que una unidad: así lo quiso la naturaleza.

Entonces es cuando comienza la lucha que encuentra su forma pacífica y jurídica en la organización del poder: en el Estado. El proceso es largo, dura siglos enteros. *El antagonismo de las leyes naturales, de las cuales una domina al hombre, la otra la humanidad, es el fondo de la tragedia de la vida,* del drama sangriento de la historia: suministra al artista, al poeta y al historiador (el hombre que escribe la historia ó más bien las historias) los más preciosos materiales.

Hemos mencionado ya que lo primero que sucumbe, la primera víctima de la lucha de las razas por la soberanía, es la *lengua*.

Hemos visto más arriba cuál es el factor más poderoso de este sacrificio. Sólo las razas que se encuentran en estado de guerra abierta pueden pasarse sin medios de inteligencia común; pero desde que comienzan la lucha pacífica, la *dominación* ó las *relaciones económicas* comunes, se hace indispensable la necesidad de un acuerdo común, y es preciso que quede victoriosa una sola lengua. ¿Cuál es la lengua á la cual pertenece la victoria? Depende esto de circunstancias y de situaciones en cuyo análisis no podemos entrar aquí. La lengua victoriosa hace triunfar en seguida fácilmente las costumbres, los hábitos [é ideas religiosas orgánicamente solidarias con ella; de suerte que se puede admitir que la adopción de la lengua debe necesariamente seguir de cerca la de las costumbres, hábitos y religión.

Desde entonces, como hemos visto, el abismo profundo que existía entre las razas heterogéneas queda franqueado; puede en seguida comenzar á colmarse gracias al connubium ejercido de hecho ó por lo menos

hecho posible por el derecho y las costumbres. En esta primera fase hay igualmente dolores de alumbramiento. Innumerables tragedias de la vida preparan la situación nueva. Los poetas tienen para ella buen número de cantos. Corazones heridos, infortunios personales, vidas quebrantadas, tristes destinos, felicidad terrestre destruída: es preciso que todo esto se acumule y se amontone para colmar este abismo.

Acaba por colmarse; sin embargo, la sangre queda constituída, el último anillo ha sido puesto á la cadena: se ha formado la *raza*.

Desde que está formada es menester, esto está en la naturaleza de las cosas, que tenga todas las propiedades, toda la estructura y las cualidades que poseía cada uno de estos elementos en su estado anterior de unidad porque la estructura de la raza nueva está determinada por la libre circulación de la sangre á la cual nada pone obstáculos, así como por la comunidad de la lengua, de la religión y de la civilización. Desde que la nueva raza posee esta estructura, comienza necesaria é inevitablemente una lucha con *toda otra raza*, en contacto de la cual viene á encontrarse la nueva; y en esta lucha se despliega el furor que en otro tiempo hacía estragos entre los elementos actualmente unificados.

Podría pensarse que el desarrollo de la humanidad estaba forzado á llegar á un punto en que las diversas razas se consolidan sobre sus asientos terrestres, y no entran en contacto las unas con las otras; por consiguiente, las luchas deberían cesar entonces.

A semejante estimación se ofrece una *perpetua ley de movimiento*, á consecuencia de la cual las razas se ven arrastradas á una *circulación continua alrededor del globo terrestre*; la raza, consolidada, se *pone en mar-*

cha de una manera ó de otra para ir á buscar los lugares en que reside la raza extranjera, á fin de entrar de rechazo en contacto con ella y de recomenzar la lucha que parecía detenerse. Esta perpetua circulación de las razas y esta perpetua busca de las razas extranjeras, puede, en diversas épocas, cumplirse bajo formas un poco modificadas, En otro tiempo estos hechos han tomado la forma que toman hoy localmente, las *inmigraciones* de tribus nómadas, después la de *expediciones guerreras y conquistas con anexiones*, en fin, de *colonizaciones* y de *lentas emigraciones*. ¿No vemos todavía emigraciones en Europa para América, Asia y Australia? Cualquiera que sea la ley en cuestión, no permite á las razas unificadas quedar en la comarca en que la *lucha de las razas parece cesar*: les impulsa á nuevos contactos con razas extranjeras y á nuevas luchas.

Esta ley de movimiento, con todas sus consecuencias, es el alma, propiamente dicha, de la historia, porque produce una por circulación siempre nueva, *la lucha de las razas, la unidad de la lengua, la comunidad de civilización*, y no cesa de propagar cada vez más lejos los elementos capaces de vivir al revolver el suelo en que *no caben*.

A la verdad, cuando se considera esta tendencia del movimiento de la historia, casi se deduce que llegará un día en que no habrá más «que un solo hogar». sin embargo, juzgando por la marcha de la historia hasta el presente, el momento en que la unificación universal se cumpla esta todavía perdido en tal lejanía que tenemos el derecho de concluir, sin temor de ser desmentidos por los hechos: *la perpetua lucha de las razas es la ley de la historia*, mientras que la *paz perpetua* no es más que el sueño de los idealistas.